



Con 77 años esta artesana teje escobas y otros útiles para los campesinos de la localidad.



Desde niña, Librada aprendió el arte de trenzar las sogas de guano.

Mil y un oficios de Librada

Apegada a la tradición, Librada Balmaseda se ha convertido en una de las artesanas más versátiles del pueblo de San Pedro

Texto y fotos: Arelys García

Librada en el tarabico de torcer sogas, en las vaquerías asistiendo a los terneros en su primer día de venir al mundo; Librada en el hervor de la manteca ardiente de corajo, en los potreros distantes buscando las fibras para las escobas, que aún a los 77 años dan sustento a su familia. No hay palmo de monte en San Pedro que Librada Balmaseda Martínez no haya caminado.

Con solo siete años, acompañaba a Juanico Zúñiga, su maestro en el arte de trenzar las pitas de guano. Dos caballos y hasta dos bueyes podían enlazarse juntos, y no había

fuerza que rompiera aquellas sogas y lazos embadurnados de cera, hubiera narrado el cuentero Juan Candela, de Onelio Jorge Cardoso.

En el calendario perdido de esta artesana, no existe día señalado para el descanso. Apenas comienza la mañana, va para el patio y debajo de los tamarindos echa a andar aquellos aparatos de hierro y madera, salidos del ingenio casero real y mágico, impuesto por la necesidad.

En jornadas de soles intensos en las que cuesta trabajo respirar por el asedio abrumador de los mosquitos y jejenes, le ayuda el esposo Pedro González, su mano derecha por años en este oficio, gracias al

cual, además de sogas, confecciona frontiles de bueyes, escobas y cuanto andarivel se le ocurra a la mente pródiga de Librada.

“He sembrado para recoger”, dice sin sonrojos al hablar de sus tres hijos y de las largas caminatas, a veces con ellos al hombro, hasta las naves de la entonces vaquería El destete, de la cual ya no queda ni el nombre. Medio siglo atrás, las madrugadas sorprendían a esta mujer preparando yogur para los terneros y amamantando con biberones a los que apenas habían acabado de nacer.

También, hubo un tiempo en que el olor a frijoles negros recién hechos por Librada se colaba por

las hendiduras de las ventanas, y al pueblo de San Pedro se le despertaba el hambre. Era la señal de que en el pequeño restaurante de la localidad ya se podía ir a comprar el almuerzo.

Y aún, en su casa, sigue con el caldero sobre el fogón de leña, velando que la manteca de corajo se trague el agua. “He buscado el sustento de mi familia con esto también y no ha sido fácil. Tienes que llenar hasta dos latas de estas almendras, que después debes secar y machucar, para que rinda algo”, aclara Librada y detiene la espumadera. Las manos huesudas entonces secan la frente que llueve sudores.

Por si no bastara, cuando regresa de buscar guano y palos de escobas en los montes de La Ermita o de la Loma del Puerto, recoge tamarindos en las matas que se le cruzan por delante. Hasta 10 libras de pulpa extrae, y luego las vende. “Barato, periodista, porque no se puede perder la vergüenza”.

Difícilmente, alguien pueda contarle los años a Librada. En su acta de nacimiento constan 77, pero ella asegura estar “más nueva porque los brazos no se le han caído ni le duele ná”. Nadie lo duda, más por estos días en que sale a caminar y se le ve perderse entre el rocío y la hierba nueva.



El oficio de carbonero es uno de los más frecuentes en la comunidad. /Foto: Arelys García

Ana Martha Panadés

SAN Pedro de Palmarejo luce como otros tantos asentamientos rurales donde la calma se acomoda en cualquier esquina. La sequía allí cuarteja la tierra y la piel de sus pobladores. El sol y el calor agobian, y hasta los menos devotos aguardan ansiosos cada año a que rompa la primavera para celebrar la Cruz de Mayo, un antiguo festejo religioso que bendice con lluvias y promesas de prosperidad.

Trabajar, ¿a qué precio?

La interrogante agobia a los vecinos de esta comunidad trinitaria, ubicada casi en los confines del Valle de los Ingenios y distante de las ofertas de trabajo y de estudio

En el barrio todos hablan con orgullo del legado patrimonial que perdura a través de la técnica del embarro, una masa compacta de tierra, yerbas y madera que sostiene muchas de las viviendas; algunos evocan con nostalgia el emporio ganadero que en las décadas de los noventa reinó en la comarca, mientras otros se lamentan por la falta de opciones laborales que ha incrementado el número de desvinculados en el poblado.

Los jóvenes y las mujeres resultan mayoría en las estadísticas, que apenas ilustran la magnitud de un fenómeno de alto costo social: el desempleo.

EL COSTO DEL EMPLEO

Antes de las cinco de la mañana, Dadnery Suárez Zúñiga sale de su casa de lunes a sábado para llegar temprano al hostel donde trabaja como doméstica en Trinidad. Son años de madrugones y de recorrer en “botella” los más de 30 kilómetros hasta la cabecera municipal. “Es una odisea diaria, pero tengo que hacerlo. Una de mis hijas es madre de tres niños y debe cuidar de ellos. Hasta ahora no se le ha presentado ninguna oferta de empleo”, expone.

A pesar del enorme valor cultural y patrimonial de este poblado, son muy escasas

las ofertas laborales, según manifiesta Isabel Cristina Bravo Cancio, jefa del Departamento de Empleo de la Dirección Municipal de Trabajo. “Las plazas en las tres escuelas primarias y la secundaria estás cubiertas y solo están disponibles las que oferta Flora y Fauna”.

Sin embargo, casi nadie se decide por ellas y no por gusto. “Pagan muy poco y el salario se demora muchísimo”, dice sin medias tintas Rodolfo Sánchez, quien trabaja como custodio en uno de los hoteles de la península y vive ahora en casa de una prima en Trinidad.

Pero no todos tienen la posibilidad de este hombre. Otros compañeros que comenzaron con él tuvieron que renunciar por la lejanía y la falta de transporte.

Como opción solo les queda desempeñarse en labores agrícolas durante la cosecha de ajo y de cebolla en tierras cercanas a la Güira, “un trabajo bien sacrificado”, recalca Eric Ramos Ramírez, delegado de la circunscripción 34.

ROMPER LA CADENA VULNERABLE

Eunice Julia Jiménez Sánchez, la presidenta del Consejo Popular, no está ajena a las preocupaciones de los lugareños, al tiempo que reconoce que se trata de una de las problemáticas más alarmantes en

el asentamiento, aunque no la única. El vial de acceso —en pésimo estado—, el deterioro del fondo habitacional y la falta de ofertas de alimentos amordazan la vida en este pintoresco lugar.

“Hemos identificado a casi 100 jóvenes que concluyeron la enseñanza secundaria y la facultad y hoy no tienen continuidad de estudio ni tampoco garantía de un empleo”, ilustra esta mujer incansable que no se deja vencer por ningún contratiempo.

La población femenina de San Pedro carece también de oportunidades para una promoción más exitosa a puestos de calidad. La ausencia de proyectos y de actores económicos en función del desarrollo comunitario y la persistencia de ciertos estereotipos atan, entre otros factores, las aspiraciones de este sector y coartan parte de sus derechos laborales.

Por ser uno de los principales exponentes de la arquitectura vernácula, San Pedro llama la atención de los estudiosos en temas patrimoniales; que la mirada hacia allí sea más integradora dará respuesta a otras urgencias, como la del empleo. Es preciso romper la cadena de vulnerabilidades.